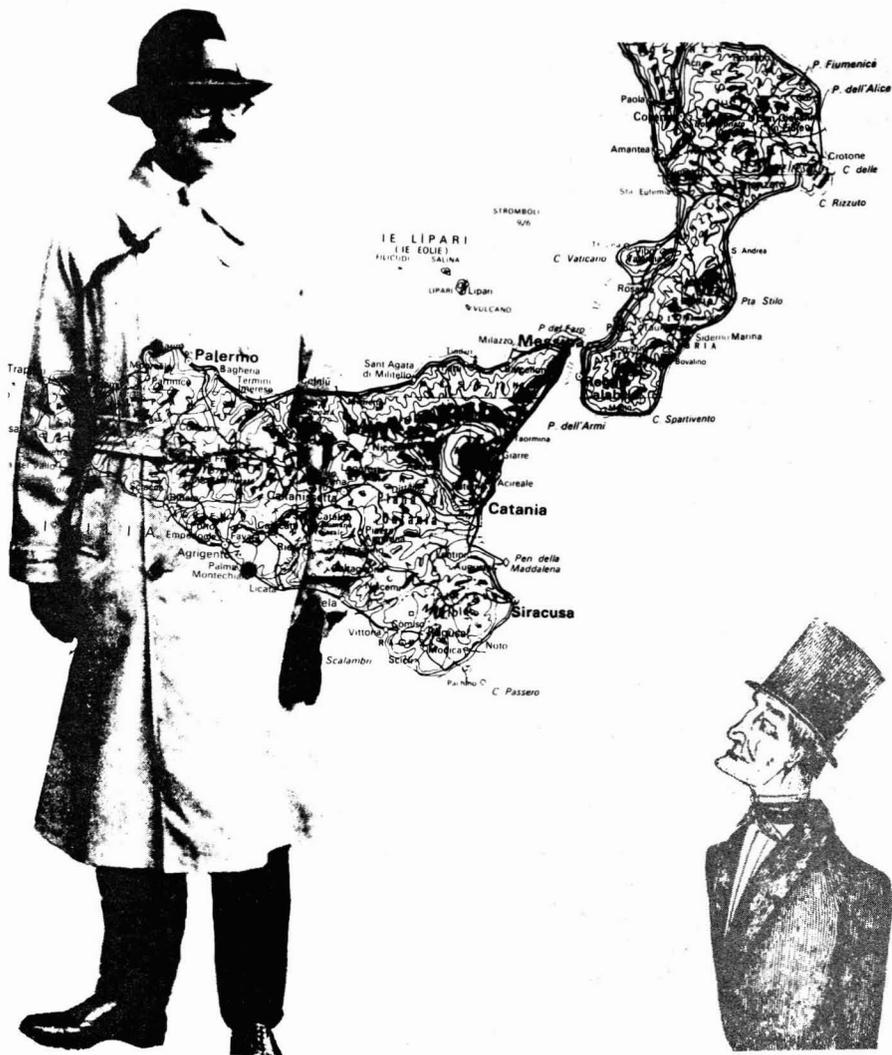


— ¿Usted cree que viene del árabe?

— Es muy probable, amigo mío, muy probable... Pero cuando se trata de palabras no hay ciencia que sea exacta: de dónde vienen, qué caminos han recorrido, en qué medida han cambiado su significado: es una confusión del carajo... Y ésta es una de esas palabras sobre la cual se pueden decir muchas tonterías, tonterías muy cultas, tonterías que tienen su lógica... El caso es que nadie, antes de indagar cuál es el origen de la palabra, trata de saber el significado que de hecho tiene: y aquí comienzan las discrepancias. Por un lado, hay quien sostiene que la palabra se refiere a un estado de ánimo y, por otro, hay quien afirma que significa una situación de hecho... Por ejemplo Petrocchi, que escribe la palabra con dos eses, a la italiana: "Unión de personas del mismo rango y de la misma especie que se prestan ayuda según sus mutuos intereses, haciendo caso omiso de las leyes y la moral", y la hace relacionarse más adelante, pero con mucha inseguridad, con el francés antiguo *mafler*, y de ahí *maflé* y *maflu*, comer, empacharse...

— No me gusta.



— Como para volver el estómago... Comer, empacharse ¡qué mentalidad! Porque es cuestión de mentalidad: una comparación semejante jamás se le hubiera ocurrido a un hombre como Pitré, un anciano que parecía alimentarse de aire, ligero como un pájaro. Lo recuerdo muy bien, vivía en el mismo barrio que yo: murió durante la primera guerra mundial... Oiga usted lo que escribe Pitré: "La mafia no es secta ni asociación, no tiene reglamentos ni estatutos. El mafioso no es ladrón, no es malhechor; y si ahora la palabra ha corrido con distinta suerte, de tal manera que se atribuye al mafioso la misma calidad del ladrón o el malhechor, esto se debe a que el no siempre culto público no ha tenido tiempo de reflexionar sobre el verdadero valor de la palabra, ni se ha cuidado de saber que para el ladrón y el malhechor el mafioso simplemente es un hombre osado y valiente, que no tiene pelos en la lengua, y en este sentido el mafioso es necesario, o mejor dicho, indispensable. La mafia es la conciencia del propio ser, el concepto exagerado de la fuerza individual, el único árbitro de cualquier conflicto, de cualquier choque de intereses e ideas; de ahí la intolerancia de su superioridad y peor aún, de su prepotencia. El mafioso quiere ser respetado y casi siempre respeta. Si se le ofende no se atiene a las leyes, a la justicia, sino que hace valer su razón personalmente y, cuando carece de la fuerza necesaria para hacerlo, se vale de los medios de otros del mismo sentir que él."

— Escribe como un ángel.

— Como un ángel, sí. Pero no es que no diga tonterías...

— ¿De veras? A mí me ha parecido tan justo y preciso como el Evangelio.

— No me diga que usted lee el Evangelio...

— Es un modo de decir... Pero algunas veces me lo han leído.

— ¿Sabe qué dice el Evangelio? "Al que te dé una bofetada, pónle la otra mejilla." ¿Estaría usted dispuesto a hacerlo?

— Yo al que me dé una bofetada le meto un tiro.

— Muy bien... También en el Evangelio se dicen tonterías, digo... Pero volvamos a Pitré...

— Ya entiendo, ya entiendo de dónde flaquea el burro: primero dice que la mafia no es asociación, y después, que uno también puede hacer valer su razón utilizando a los demás. Entonces sí hay asociación...

— Usted es inteligente, pero tiene que aprender a hablar. No se dice "ya entiendo por dónde flaquea el burro" cuando se está hablando de un gran hombre, de una gloria de nuestra tierra.

— Le digo, es un modo de decirlo...

— De lo que se debe cuidar usted es de los modos de decir las cosas, de los proverbios, de las parábolas: tiene que decir las cosas del modo más seco y más correcto, con educación, con tacto.

— ¡Dios del cielo, cómo si yo hubiera ido a la

Leonardo Sciascia, nacido en 1921, vive en Palermo. Entre sus libros se encuentran *El día de la lechuza*, *Privilegio y poder*, *El contexto*, *A cada quien lo suyo*, *Todo modo*, *Los tios de Sicilia*, *El mar color vino*, *Actos relativos a la muerte de Raymond Roussel*, *La desaparición de Majorana*, *Los apuñaladores*.

escuela! Yo la universidad la hice entre las ovejas.

— Y además dejó usted escapar un “Dios del cielo” frente a la comisión. . .

— ¿Pero está usted seguro de que me llamará la comisión?

— Tan seguro como es segura la muerte: ¿o cree que yo estaría perdiendo el tiempo con usted si no estuviera seguro? Claro que lo van a llamar.

— Sudo frío, nada más de pensarlo.

— ¿Cuántas veces lo han llamado los carabinieri, cuántas veces ha comparecido usted ante un juez instructor?

— Lo del agua al agua, lo que ya pasó ya pasó: hace más de diez años que ya nadie me molesta. . . Lo que pasa es que ésta es una cosa nueva. . . la comisión, digo. Quién sabe cómo trabaja, quién sabe qué preguntas hace. . . El carabiniere, el juez, preguntan por un cierto hecho, por una cierta persona: si uno ha estado en medio del asunto, si uno tiene relaciones con Fulano o con Mengano, y dónde estaba uno aquella noche, a esa hora, etcétera. . . Y uno tiene que preparar sus respuestas antes; a cada ataque, uno tiene ya lista la respuesta. . . Pero la

comisión, por lo que yo entiendo, puede preguntar lo que le dé la gana: y hay que tener la mente lista, despejada, los nervios serenos. . .

— ¿Alguna vez lo he hecho equivocarse, dar un paso en falso, hacer alguna tontería?

— Nunca.

— Entonces no se preocupe. Yo, para que usted lo sepa, pediré ser llamado ante la comisión.

— ¿Usted?

— Sí, querido, yo mismo. Yo también puedo contribuir con mi granito de arena.

— Pero. . .

— Contribuir a la confusión, se entiende. . . Y le garantizo que en cierto momento no se entenderá nada: entre historia, filología, y cartas anónimas no se entenderá nada, absolutamente nada. . . ¿Se imagina cuántas cartas anónimas va a recibir la comisión? En 1943, cuando los americanos me hicieron alcalde, yo recibía miles de cartas: todo un país venía a resultar, por las cartas anónimas, una cloaca de espías de la Ova. . . incluso el distinguido Panebianco, que estuvo en la cárcel hasta la caída de Mussolini. Y las mismas cartas recibían los americanos: al principio las consideraban auténticas, arrestaron a alguien y se lo llevaron a Orano. Después las cartas llegaban por toneladas y entonces también ellos se dieron cuenta. . . Imagínese lo que sucederá ahora. . . Esta es una tierra, amigo mío, en la que en la misma cara, en la suya o en la mía, un ojo odia al otro ojo. . . Ya verá. . .

— Es cierto.

— Volvamos, pues, al texto. . . Según Fanfani. . .

— ¿Y usted todavía se pone a hablar de Fanfani?

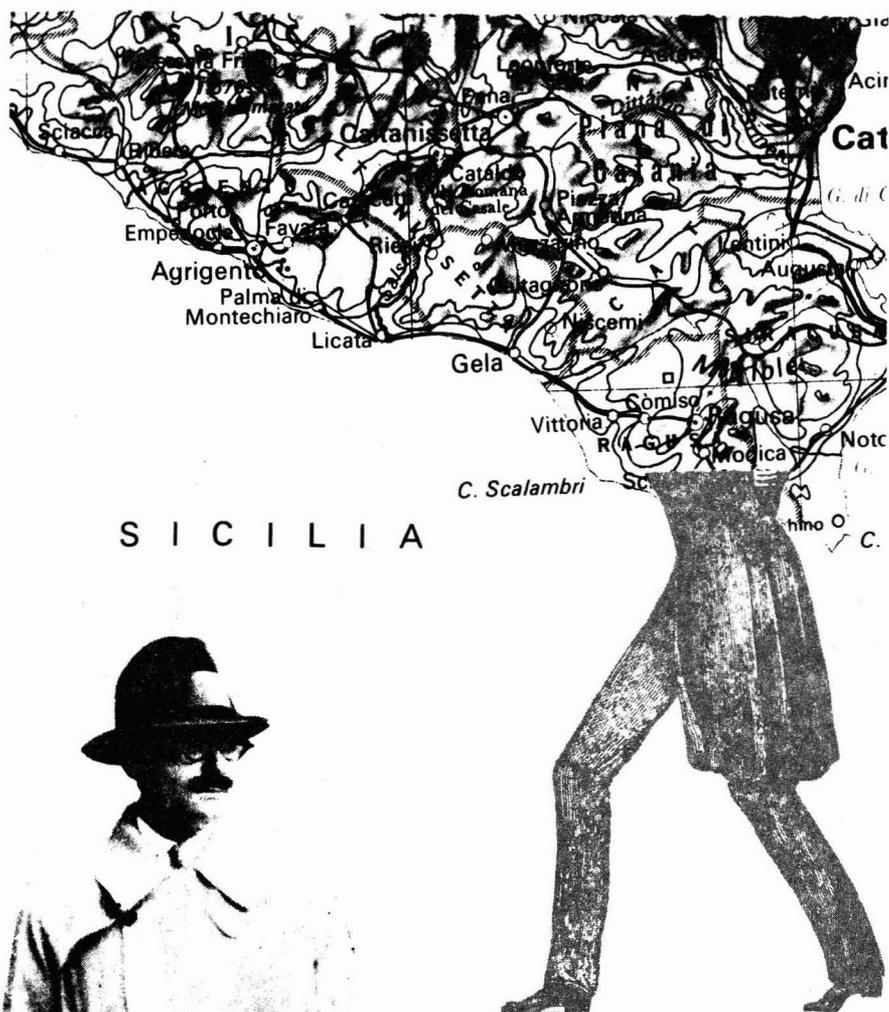
— No hablo de Amintore, bestia: hablo de Pietro Fanfani, autor de un diccionario italiano donde la palabra *maffia*, con dos eses, significa “sociedad secreta en Sicilia” y se hace derivar del árabe *maehfil*, que quiere decir asamblea y lugar de asambleas. De la misma opinión son Zambaldi y Rigutini; y un poco todos, inclusive Palazzi. . . La definición de Palazzi se la quiero leer porque es muy divertida, realmente muy divertida.

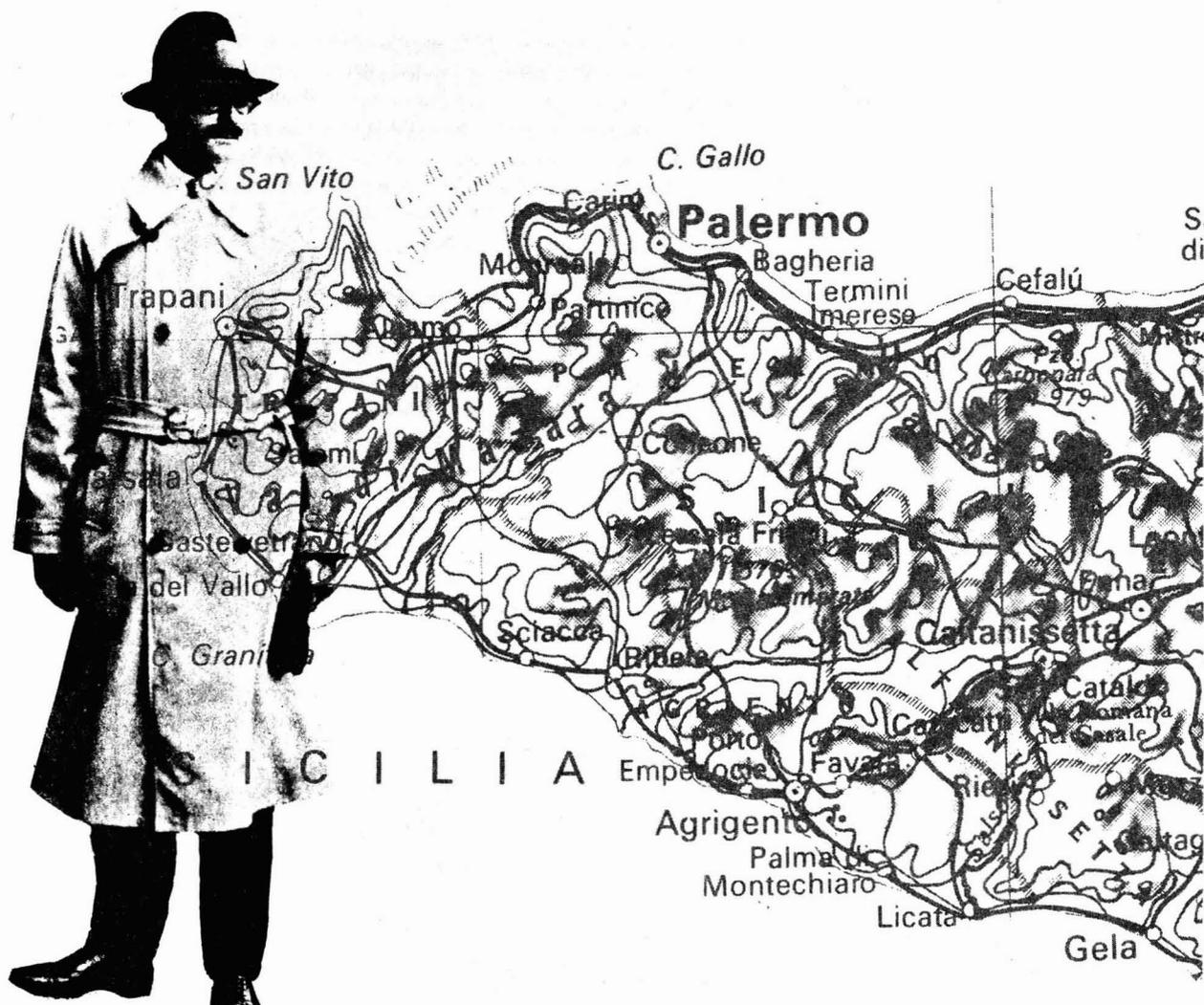
— Me gusta. Cuando dice que la mafia no siempre tiene como fin el mal, me gusta. . . Este sí que es un caballero.

— No es que sea un caballero: es que se ha confiado a otros caballeros. . . Pero la cosa divertida es la siguiente: “En un tiempo *estaba* muy difundida en Sicilia.”

— También lo decimos nosotros, que la mafia ya no existe. . . Y una vez también lo dijo el Ministro.

— Pero nosotros y el Ministro no hacemos diccionarios. . . Y considere que éste se imprimió en 1948. . . ¡Qué tiempos! En tiempos del rey Martino, tal vez. . . Pero vayamos a los sicilianos, a los estudiosos sicilianos: el primer diccionario siciliano que registra la palabra es el de Traina, en 1868; y la da como nueva, tal vez proveniente del toscano *smâferi*, que quiere decir bandidos. . .





— No me gusta.

— . . .o, y esto le gustará menos, que en Toscana la palabra *maffia* quiere decir miseria, “y la miseria verdadera es creerse hombre importante debido sólo a la fuerza bruta, lo cual demuestra gran brutalidad, es decir: ser una bestia”. ¿Le gusta?

— Me da asco.

—Y luego añade: “Entereza de ánimo, aparente atrevimiento: gallardía.”

— Empieza a razonar. . .

— Como quiera que sea, y para no hacerle largo el cuento sobre la etimología, e-ti-mo-lo-gía: es decir, el origen de las palabras, nos detendremos un momento en el Padre Gabriele Maria de Aleppo, misionero capuchino o profesor de árabe, que concluye así su docto análisis: “Ateniéndonos pues al significado de las palabras propuesto líneas arriba, el vocablo mafia en su origen debe tener un valor de *protección contra los atropellos de los poderosos, exención de cualquier ley social, reparación de cualquier daño, fuerza, robustez del cuerpo, serenidad de ánimo, reconocimiento y gratitud hacia quien hace favores*, por una parte, y por otra: *lo mejor, lo más exquisito de todas las cosas*, o sea que

coincide perfectamente con todo lo que dice Pitré.” Las palabras sugeridas por el Padre Gabriele son: *mohafat*, del árabe, que quiere decir defender; *hofuat*, la mejor parte de una cosa; *mohafi*, amigo, amigo agradecido. . . Y todo esto para simplificar, para no llenarse de humo la cabeza. . .

— ¡Tiene su doctrina este capuchino!

— La tiene, pero no me convence. Me convence más Fanfani, aquí entre nos.

— ¿Fanfani? ¿Y qué hay de los nuestros?

— Tiene que poner atención, querido, tiene que poner atención. He dicho *Fanfani*, y le he explicado que no tiene nada que ver con el político. . . No, no pone usted atención a las cosas que le estoy explicando.

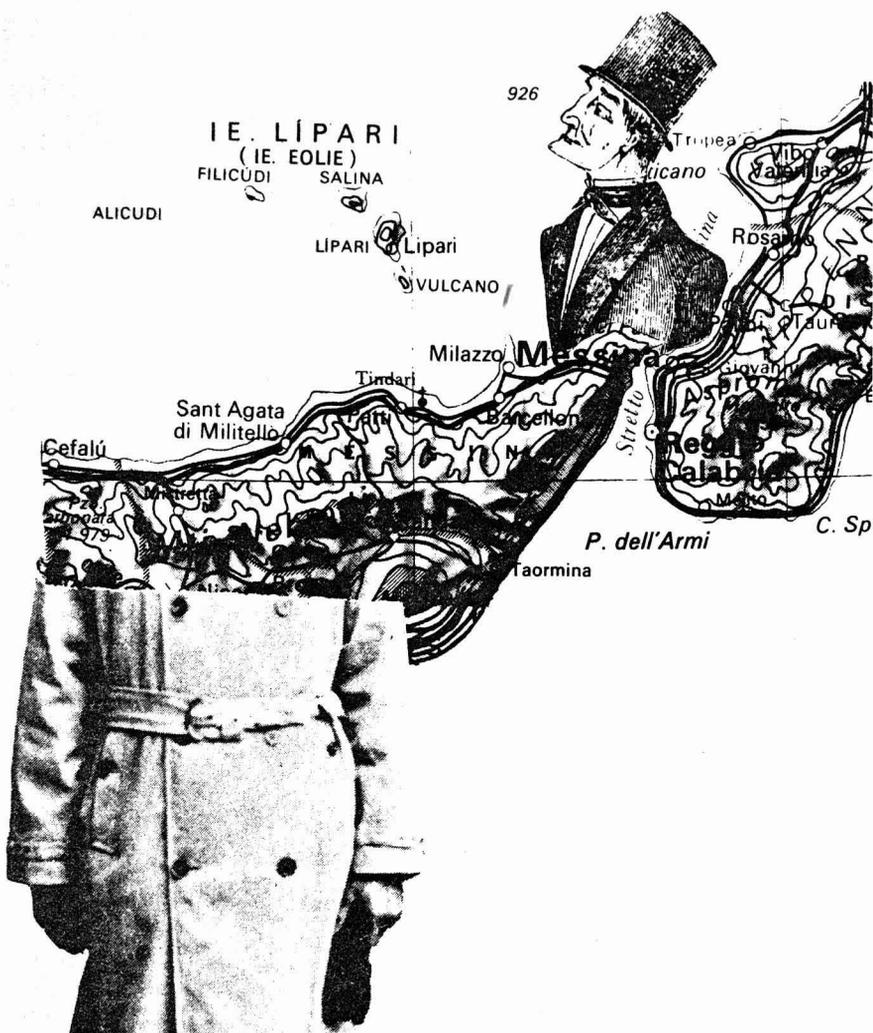
— Mire, yo creo que con estas cosas lo único que estamos haciendo es perder el tiempo. A mí qué me importa la ciencia de las palabras. Yo la ciencia, toda la ciencia del mundo, la llevo en la cartera y en la escopeta de dos cañones.

— Entonces tiene razón Traina: se cree usted hombre importante sólo porque es una bestia. . . Pero yo me jodo, tanto que a mí no me pisan la cola; les doy de comer a los perros, los dejo. . . Mientras que usted y los que piensan como usted

sólo conocen la ciencia de la cartera, de la escopeta de dos cañones y de los automóviles cargados de dinamita. . . Porque ahora la ciencia de ustedes se ha enriquecido con la dinamita y con el descuartizamiento: y los resultados ya los conocemos. . . Déjele esas cosas a los alemanes del Tírol: gente fanática, gente loca, fascistas. . .

— Pero la dinamita funcionaba, funcionaba: usted también, al principio, cuando. . .

— Pongamos las cosas en su lugar: al principio, como usted dice, y yo no sé muy bien cuándo ha sido el principio, usted me dijo: “Esta historia de la escopeta recortada tiene que terminarse, ahora todo el mundo está hablando de la escopeta recortada, esta se ha vuelto la tierra de la escopeta recortada, bonito papel que hacemos en el extranjero: hay medios mejores, más expeditos, más seguros, y cuando no se puede esquivar el golpe lo mejor es servirse de otro. . . Y tenemos a un joven que en materia de explosivos es un genio. . .” Y yo le dejé hacerlo, a usted y a su genio, un genio que abandona el automóvil, sin desconectar el mecanismo. . . ¡Un genio!



— Pero usted sabe cómo estuvo la cosa: un momento de pánico, una distracción. . .

— ¡Una distracción! Una distracción que provoca una catástrofe, una distracción cuyo estallido se alcanza a oír en todo el mundo, con las consecuencias que ya estamos viendo.

— Pero hice que llamaran por teléfono: no toquen el auto, no lo toquen porque se arma el infierno.

— Y aquellos en cambio lo tocaron. . . ¿Y de veras esperaba usted que no lo tocaran? ¿Por qué. . . por un telefonazo anónimo? Podía tratarse de una broma.

— Lo siento, pero palo dado ni Dios lo quita. . . Lo siento sobre todo por los soldados, que no tenían nada que ver.

— No tenía nadie que ver, de los que se murieron. . . Y lo curioso es que después a mí me toca asistir a los funerales. . .

— No sería la primera vez.

— Se está usted volviendo sentimental, por lo que veo.

— ¿Sentimental yo? ¿Con usted? ¡Pero si no me lo permitiría jamás!

— Muy bien. . . Dejémoslo ahí, pues. Estos meses de terroristas. . . Nosotros no somos anarquistas, somos gente de orden. . . Y las cuentas que tenemos por arreglar de hoy en adelante las arreglaremos a la antigua.

— A los muchachos sin embargo les ha empezado a gustar la cosa. . .

— Cierto que el efecto fue enorme, no lo puedo negar. . . Pero no se puede seguir por ahí. . . ¿O cree usted que debemos ponernos a trabajar para tener nosotros también la bomba atómica? Lo que se requiere es discreción, sagacidad, estudio, tacto. . . Nuestro problema, por ahora, es el de la comisión investigadora: enfrentémosla con tranquilidad, con la mente clara. . . Entonces: Pitri dice que la palabra mafia, sea cual sea su origen, aunque se haya registrado por primera vez en 1868. . . ¿En qué diccionario se registró por primera vez?

— En el de Traina.

— Muy bien, estupendo. . . Aunque se haya registrado por primera vez en 1868 lo cierto es que ya existía antes de la venida de Garibaldi. . . Y que existía también la cosa, es decir la asociación, se prueba con el hecho (digo yo) de que los mafiosos de Vicaria, los mafiosos que estaban en la cárcel, hicieron en 1860 una proclama dirigida a sus amigos que estaban libres en la que les recomendaban que se portaran bien, que no cometieran robos, rapiñas, asesinatos que de cara al mundo, por razones de propaganda como se dice ahora, los borbones pudieran atribuir a los revolucionarios de Garibaldi. . .

— Esa no me la sabía.

— Hay tantas cosas que usted no sabe, y que es bueno saberlas. . . La cultura, amigo mío, es una cosa maravillosa.